

La batalla de Ayaan

TEXTO: RICARDO CAYUELA GALLY

Los atentados de Madrid y Londres, el asesinato de Theo Van Gogh, los disturbios por las caricaturas de Mahoma, las amenazas a un profesor de liceo por criticar unas *shuras* en la prensa gala, ponen en evidencia que la inmigración musulmana en Europa es un desafío del que no se puede huir murmurando “paz”, “tolerancia” o “diálogo de civilizaciones”. Hasta ahora, han existido dos modelos de integración: el anglosajón del multiculturalismo, en donde el respeto a la ley es el único requisito, y el modelo francés de ciudadanía en los valores laicos de la República. La comprobación de que los autores de la matanza de King’s Road eran nacidos (y educados) en Inglaterra demuestra dramáticamente los riesgos del multiculturalismo. El incendio de los barrios periféricos franceses demuestra que la prédica de la igualdad cuando ésta no tiene un correlato verdadero en la sociedad es un arma de doble filo. Es en este escenario en donde la figura de Ayaan Hirsi Ali se ha vuelto indispensable.

Ayaan Hirsi Ali es autora de dos libros: *Yo acuso* (2006), una recopilación de artículos y entrevistas, y sus memorias *Mi vida, mi libertad* (2007). En el primero aboga por una separación efectiva entre el Estado y el Islam que garantice el respeto a las diferencias y circunscriba la religión al ámbito privado. El segundo es la emocionante historia de una mujer que nacida en un destartado hospital de Mogadisco, al borde de la guerra de clanes que destruirá Somalia, y cuyo único destino imaginable era la muerte temprana o la precaria supervivencia, se convirtió en una de las cien personas más influyentes del mundo, según la revista *Times*.

La ablación forzada del clitoris por una abuela que pretendía así purificarla; una ausente figura paterna –con tres matrimonios, simultáneos y legales–; un exilio familiar a La Meca, donde conoció en carne viva el rigor medieval de los wahabíes; una residencia forzada en Etiopía y Kenia, donde coqueteó –si es que tal verbo puede emplearse– con los Hermanos Musulmanes; la pérdida vergonzante de la virginidad y el matrimonio concertado por su padre con un rico somalí, hubieran perfilado una vida de obediencia y sumisión, tristemente común

a la mayoría de las mujeres bajo el yugo del islam. Pero en un momento clave –de camino a Canadá, donde vivía el desconocido futuro marido–, Ayaan Hirsi Ali se rebeló. Aprovechó la escala en Europa para pedir asilo en Holanda, y con 21 años y un bagaje cultural que la predisponía a la esclavitud voluntaria, inició su proceso de transformación hasta convertirse en ciudadana holandesa, licenciada en Ciencias Políticas por la Universidad de Leiden, investigadora del Partido Socialdemócrata, diputada en el Parlamento de La Haya por el Partido Liberal y guionista de la película que le costaría la vida a su amigo Theo Van Gogh. En este viaje vertiginoso es emocionante seguir su maduración intelectual y la forma en que descubre al laicismo como indispensable para el desarrollo, el funcionamiento de un Estado al servicio de los ciudadanos y no a la inversa, la educación como herramienta para escapar a la maldición del origen; y en el núcleo de este itinerario deslumbrante, su apostasía: decirse ante el espejo “no creo en Alá, soy libre”.

A Ayaan Hirsi Ali nadie le puede negar su condición de víctima, y nadie puede calificarla de intrusa: ella sufrió en carne viva una concepción del mundo que sólo es aceptable desde el relativismo moral o el desconocimiento. ¿Son los derechos humanos universales, se pregunta Hirsi Ali?: entonces la liberación de las mujeres sometidas al Corán es un asunto urgente. Su batalla verdadera, sin embargo, no es intentar salvar el destino de una sexta parte de la humanidad; sería utópico, incluso voluntarista. Su empeño, aun así titánico y con enormes riesgos personales, es conseguir que la cultura europea, a la que pertenece, que tras siglos de guerras religiosas e intolerancia ha conseguido una envidiable libertad, no ceda terreno (por miedo, ignorancia o buenismo) al integrismo que se cultiva delante de sus volterianas narices. •

RICARDO CAYUELA GALLY

Ciudad de México, 1969. Es ensayista y subdirector de la revista *Letras Libres*.